

El mantel combinado

Hoy es sábado y los sábados para Chloë son mágicos. Con 13 años que tiene desea, como la niña pequeña que va al quiosco acompañada del abuelo a comprar chuches, que llegue ese día. Para ser más exacto las cinco de la tarde. Sí; sábado tarde, 17 horas.

Mientras sus amigas quedan en la plaza del pueblo para hablar de ropa, maquillaje y chicos, Chloë tiene una cita muy importante. Ha quedado con la señora Manoli, vecina del pueblo, quien le enseña a coser. Le encanta ir a su casa, le recuerda mucho a su abuela que vive en Francia. Además de aprender algo, es más divertido.

Aún faltan diez minutos para las cinco, pero Chloë sale de casa a toda prisa, con su mochila roja a la espalda y una gran sonrisa dibujada en su rostro. Coge la bici, se monta en ella, y al igual que el viento da un gran soplo, se empuja calle abajo hacia la vivienda de Manoli. Al final, gira a la derecha, y en cuanto divisa la casa, Chloë agita una mano gritando el nombre de Manoli a modo de saludo.

La señora Manoli siempre le espera en el porche, con su taza de café humeante en sus manos y una sonrisa amable en su cara.

Con sus sesenta y tres años de edad, aunque viuda desde hace dos años, resplandece felicidad. En gran parte, gracias a las visitas del sábado de la pequeña Chloë.

—Hola, pequeña, ¡buenas tardes! ¡Me encanta ese entusiasmo con el que vienes siempre!— dice Manoli con voz alegre.

—Hola Mano —le responde Chloë bajándose apresuradamente de la bici, que deja siempre tirada en el suelo de la entrada.

Ambas se abrazan. Chloë, nerviosa, quiere entrar ya. Deja pasar a la señora Manoli y cierra la puerta tras ella.

Dentro, huele a bizcocho recién hecho y a chocolate. ¡Mmmm!, para la merienda, —piensa la niña.

— Te he preparado un bizcocho de manzana como a ti te gusta. —le cuenta Manoli mientras entra en la cocina, enjuaga la taza en el fregadero y se seca las manos en el delantal.

— Muchas gracias Mano, ¡Mi preferido! —le responde Chloë con ojos vivarachos— ¡Mano eres la mejor! —Se agarra a su cuello y le da un beso en la mejilla.

Mano es el apodo de Manoli. Así la llaman de forma cariñosa, Chloë, y la gente del pueblo.

Chloë cuelga el “plumas” y su bufanda en el perchero del recibidor, y ambas pasan al comedor.

—¡¡¡Guauu!!! —grita Chloë al ver las cosas que hay encima de la mesa: telas estampadas con flores, otras a rayas, cajas de alfileres y de agujas, tijeras, entretelas, bobinas de hilos de varios

colores, y dedales. Todo un arsenal que la deja cautivada—. ¡Qué maravilla!

Toman asiento una en frente de la otra. Chloë con sus ojos verdes abiertos de par en par, Manoli, cubriéndose sus ojos azules con las gafas y mientras coge las tijeras con ternura pero con firmeza le comenta a Chloë:

—Sabes pequeña Chloë, una buena costurera no tiene que temer a las tijeras. Mira.

— ¡Ah! —dice la niña, intrigada.

Manoli toma una de las telas y empieza a cortar. Las tijeras son muy grandes y pesan, o eso le parece a Chloë, además de estar muy afiladas. Se queda sorprendida viendo con que velocidad y seguridad Manoli utiliza las tijeras. Manoli a penas sabe leer y escribir pero sus manos manejan con suma destreza las herramientas. A los vecinos del pueblo les gustan las labores de costura que realiza. Su trabajo es meticuloso y siempre bien hecho.

Chloë se pone manos a la obra y con sus tijeras más pequeñas y menos pesadas imita a Manoli. En menos de hora y media recortan un número de cuadrados y rectángulos de telas suficientes para realizar el mantel.

—¡Mira Mano! —Le muestra su tarea acabada como si de un examen se trata—. ¡Tenemos muchos trozos de telas! Me gustan mucho los colores y los estampados —comenta con voz alegre y entusiasmada.

—¡Cuanto me alegro, mi pequeña! De mayor serás una buena diseñadora de moda y te llamaré “*Ma Petite grande Coco*” , “mi pequeña grande Coco”

— Sí, ¡claro que sí, Mano!

Las dos se ríen a carcajadas.

—Antes de acabar la tarea de hoy, —añade Manoli—, te explico lo que haremos la semana que viene... —Manoli coge la caja de los alfileres y algunos retales— Mira, juntamos los bordes de dos trozos de tela y pinchamos con los alfileres. ¿Ves, Chloë?

— Sí ... —contesta Chloë con los ojos muy abiertos.

Chloë, con la boca, también, abierta, mira como Manoli clava los alfileres en las telas; con suavidad y rapidez. Los dedos de Manoli, finos y largos, se mueven con mucha agilidad. Chloë los compara a los dedos de las hadas.

—El sábado que viene hilvanaremos y coseremos a maquina los diferentes trozos de tela. Por hoy hemos terminado.—Ambas aplauden—. A tomarnos ese bizcocho, pequeña ¡Chloë!

— ¡Sí ... que tengo hambre! le contesta Chloë con una gran sonrisa.

Se levantan de la mesa del salón y cogidas de las mano se van a la cocina cantando alegremente un villancico: “ *Navidad, Navidad, dulce Navidad...* ” Ahí les están esperando el bizcocho de manzana, el chocolate caliente y el buen humor.

Hoy es sábado y son casi las siete de la tarde. Mientras pasan frío las amigas de Chloë en la plaza del pueblo, escuchando música y hablando de sus cosas, la pequeña Chloë y Mano se divierten, a su manera.

La felicidad emana de la casa como el humo que sale por la chimenea, en un día frío de invierno.

Lourdes Marie Hernández Ayora